

berg. Mas durante la jornada no se le podia unir mas que el cuerpo de Oudinot, y aun con la fuerza que Lefebvre Desnoettes ya le habia traído, solo juntara cuando mas unos treinta y dos mil hombres. No era, pues, cuerdo arrostrar el choque de noventa mil combatientes, y menos con un rio a la espalda. Asi acabó por ceder á los consejos de la prudencia y de sus mariscales, que insistian á fin de que pusiera el Aube entre su ejército y el del enemigo. Despues de tener sus tropas desplegadas delante de Arcis, mientras se alistaba un segundo puente, hizolas replegar de pronto á través de las calles de esta pequeña aldea, cruzó los dos puentes, y dejó al principe de Schwarzenberg muy sorprendido y chasqueado al ver que se le escapaba una presa, que ya parecia segura. Rotos fueron los puentes del Aube, y el mariscal Oudinot se situó á lo largo de la orilla derecha con su cuerpo, apoyado por una artillería numerosa. No pudiéndose resolver el enemigo á consentir que el ejército francés se fuera sano y salvo, quiso intentar el paso del rio, y estuvo expuesto á un fuego mortífero durante la tentativa. Aun perdió en esta jornada del 24 mas de mil hombres sin ningun resultado, como que por donde quiera que se presentó a ver de pasar el Aube, le recibieron las bien apostadas tropas de Oudinot con un nutrido fuego de fusilería y metralla. No es excesivo decir que estos dos dias costaron al ejército de Bohemia de ocho á nueve mil hombres, á la par que solo perdimos tres mil nosotros, gracias á nuestro número escaso, y á la ventaja de batirnos á cubierto detrás de posiciones defensivas.

A vueltas de estas perpétuas aventuras de guer-

ra, hallando Napoleon al ejército siempre heróico y adicto, aunque descontento á menudo, contando con su génio, creyendo mas que nunca en los recursos de su arte, mucho distaba de desesperar de su causa, y no se hacia ilusion completa sobre su situacion política á pesar de todo. Aunque no se quisiera confesar á sí mismo hasta qué punto se habia enagenado á la nacion de resultados de sus continuas guerras y de su gobierno arbitrario, ni por asomo se cegaba en punto á la situacion moral de Francia. Sobre el mismo campo de Arcis y en mitad del fuego, hablando familiarmente con el general Sebastiani, tambien corso y dotado de un gran seso político, le dijo de pronto.—Y bien, general, ¿qué decis de lo que estais viendo?—Señor, respondió el general, digo que sin duda vuestra magestad posee recursos que no se hallan á nuestro alcance.—Los que teneis á la vista, repuso Napoleon, y no otros.—Pero entonces, ¿cómo no piensa vuestra magestad en levantar á la nacion?—¡Delirios, replicó Napoleon, delirios emanados de los recuerdos de España y de la revolucion francesa! ¡Levantar á la nacion despues de haber destruido la revolucion á la nobleza y al clero, y de destruir yo mismo á la revolucion....!—

Suspense quedó el general, admirando esta sangre fria y esta profundidad de juicio, y reflexionando cómo tanto génio no bastaba á impedir tantos errores.

Pero llegada era ya la hora de tomar una solucion definitiva. Entre Arcis y Chalons no distan el Aube y el Marne mas que once ó doce leguas uno de otro. Blucher, ante quien se quedaron Marmont y Mortier, podia ser embarazado en sus movimien-

tos, mas no detenido por estos dos mariscales. Poco tardarian en juntarse los ejércitos de Silesia y de Bohemia, y entonces ahogarian al ejército francés entre sus brazos. No pudiendo ya batirlos separadamente Napoleon con sus actuales fuerzas, á no mediar circunstancias por extremo felices, que acaso no le habia de deparar la fortuna, aun estaba en menos posibilidad de batirlos juntos. Proseguir su idea de acercarse á las plazas para allegar un refuerzo de cincuenta mil hombres, y para desviar de París al enemigo, era definitivamente su último recurso, muy aventurado con su persona, y mortal con otra cualquiera.

Así resolvió partir con direccion á Vitry junto al Marne el 21 de marzo. Pasando por Sommepeuis solo necesitaba dos dias para atravesar la distancia de Arcis á Vitry. Desde este punto le era fácil trasladarse á Bar-le-Duc, y sin que diera un paso más se le podian juntar las guarniciones de Metz, de Maguncia, de Luxemburgo, de Thionville, de Verdun, de Estrasburgo, en número de mas de treinta mil hombres. Si se adelantaba Napoleon hasta Metz, lo cual no exigia mas que tres jornadas, dando vueltas en torno de esta plaza, podia excitar el levantamiento de Lorena, de Alsacia, del Franco-Condado, y recibir quince mil hombres más de los Paisés Bajos. De este modo se hallaría en Metz á la cabeza de ciento veinte mil combatientes, en medio de provincias alzadas contra el enemigo, y así recogiendo el mariscal Sachel, enviado para reemplazar á Augereau, cuanto hallara al paso, se remontaba hácia Besanzon al frente de cuarenta mil hombres, de seguro se cambiaria la faz de los sucesos.

Napoleon comunicó á París sus últimas resoluciones; prescribió que de material de artillería, de batallones de la Joven Guardia, de batallones sacados de los depósitos, se le enviara cuanto no fuera indispensable para la defensa de la capital; nuevamente recomendó que no se asustasen aun cuando se acercara el enemigo, lo cual seria en su concepto una aparicion de dos ó tres dias, porque los aliados le seguirian así que se plantara sobre sus comunicaciones. A los mariscales Marmont y Mortier les renovó la orden de incorporarse por Chalons junto al Marne, y se puso en camino para Vitry de seguida. Antes de ahora, nunca se habia apartado del Sena sin dejar de Nogent á Montereau cuerpos respetables. Ya no era ocasion de hacer lo mismo, porque estaba obligado á ejecutar en masa la diversion proyectada á espaldas del contrario, y porque solo con esta diversion contaba para salvar a París en adelante. Veinte mil hombres dejados entre Nogent y París no paráran al príncipe de Schwarzenberg, é hicieran falta á Napoleon para la operacion que discurria llevar á cabo. No obstante, creyendo útil guardar los puentes del Sena, y posible detener allí al enemigo algunas horas, lo cual no era indiferente en ciertos casos, dejó al general Souham para disputar á Nogent, Bray y Montereau con una mezcla de guardias nacionales y de batallones organizados de prisa. A las órdenes del general Souham fué puesto el general Alix, que con fuerzas de igual clase habia defendido á Sens tan perfectamente y que aun se hallaba en el mismo punto.

De Arcis á Sommepeuis efectuóse la travesía sin tropiezo. Solo se hallaron algunas bandas de cosa-

cos, revoloteando entre el Aube y el Marne, y saqueando el país ya tan devastado. Los cuerpos de Oudinot, de Macdonald, de Gerard, llegados de Provins á Arcis á lo largo del Aube, defendieron sucesivamente en el puente de Arcis el río, y así desfilaron á la vista del enemigo sin recibir el mas leve daño.

Napoleon pernoctó con parte del ejército en Sommepeuis el 21, y á otro día marchó hacia Vitry con una vanguardia. En estado de defensa habia puesto aquella poblacion el ejército de Silesia, y la ocupaban de cinco á seis mil prusianos y rusos, protegidos por obras de campaña. No queriendo Napoleon arriesgar un choque mortífero por un puesto sin importancia, hizo que se buscara un vado entre Vitry y Saint-Dizier. Uno se descubrió en Frignicourt, y por allí pasó con su caballería y las divisiones de Joven Guardia del mariscal Ney. Para guardar este vado puso un destacamento, y fué á dormir al castillo de Plessis cerca de Oron-te. Sobre Saint-Dizier lanzó la caballería ligera del general Piré, que penetró en su recinto, y copó dos batallones prusianos.

A otro día, 23 de marzo, juzgó Napoleon conveniente quedarse en Saint-Dizier, á fin de esperar la cola de sus columnas, porque Oudinot, Macdonald y Gerard estaban atrás, y queria igualmente allegar á Marmont y á Mortier, á quienes previno que se le incorporaran por Chalons. Tambien necesitaba esperar á la division de guardias nacionales del general Pauthod, dejada por Oudinot y Macdonald, á cuyas órdenes habia prestado muy buenos servicios, en Sezanne, para escoltar un postrer convoy de tropas y de material. Sin

embargo, dudando Napoleon de la posibilidad de atraer esta última fuerza, ordenó al ministro de la Guerra que velara por su seguridad, y que la llamara á Paris, si no consideraba posible que penetrara hasta Vitry por entre las masas enemigas.

Sin perder instante empujó Napoleon su caballería ligera hácia Bar-le-Duc, á fin de que se apoderara del puente de Saint-Mihiel sobre el Mosa, el de Pont-á-Mousson sobre el Mosela, y de nuevo expidió órdenes para que se le incorporasen todas las guarniciones. Se aprestaba á ahorrarles la mitad del camino, marchando todavía una ó dos jornadas á su encuentro, y así iba á ver sus fuerzas engrosadas de hora en hora. Sin los mariscales Marmont y Mortier, sin el convoy de Sezanne, del cual solo habia recibido una parte, y descontando las pérdidas de Arcis así como las fuerzas dejadas en custodia de los puentes del Sena, ya tenia alrededor de cincuenta y cinco mil hombres. Setenta mil debia juntar con estós dos mariscales, ochenta mil con el depósito de Sezanne, y sucesivamente cien mil y mas, si se le llegaban á incorporar las guarniciones. Así, aun evaluando lo grave de su situacion, seguía confiado en el éxito de sus muy hábiles maniobras. Escribiendo el 23 de marzo al ministro de la Guerra una carta, que respiraba una imperturbable sangre fria, le esplicaba su marcha; sus razones para no tentar el ataque de Vitry; el proyecto de acercarse á Metz, y de sacar de esta plaza y de las demás un refuerzo considerable; la certeza de causar perturbacion sumá al enemigo, estableciéndose sobre sus comunicaciones; el desaliento de la mayor parte de los aliados, que nunca habian conseguido ventajas formales sobre las

tropas francesas, que recientemente habian sufrido pérdidas enormes en Arcis-sur-Aube, y que estaban casi pesarosos de haber llevado el avance tan lejos; la esperanza consiguiente de originar pronto sucesos nuevos é importantes; la utilidad de velar sobre la reunion de tropas de Sezanne, y de aumentarla si lo permitian las circunstancias; la posibilidad de recurrir á la conscripcion de 1815, porque en Lorena y en Champaña se alzaba el paisanaje en masa, y la urgencia de apelar pronto á tal recurso; la importancia de que los mariscales Marmont y Mortier, replegados sobre Chateau-Thierry, siguieran adelante para incorporarse al ejército; y, finalmente, la confianza de salvar á Francia y de salvarse á sí mismo antes de mucho de crisis tan formidable, á pesar de ser la situacion muy angustiosa. Al leer esta carta nadie sospechaba que debia ser la última escrita al ministro de la Guerra, ni que Napoleon estaba próximo á la catástrofe mas terrible.

En este momento llegó al cuartel general del emperador Mr. de Caulaincourt, que acababa de dejar el congreso de Chatillon. Segun se ha visto, este noble servidor del principe y del pais habia entregado un contraproyecto, á impulsos de las intimaciones de los plenipotenciarios aliados, y propendido á hacer soportable la lectura á sus oyentes, aun desviándose de las instrucciones de Napoleon lo menos posible. Despues de escuchar con silencio glacial el texto del contraproyecto frances los plenipotenciarios de las potencias, y de tomar las órdenes de sus soberanos, leyeron el 18 de marzo una nota solemne en que declaraban que, habiendo reproducido Francia exactamente las con-

diciones todas reconocidas ya como inadmisibles por Europa, las conferencias quedaban rotas de una manera definitiva, y se proseguiria la guerra á muerte hasta que Francia admitiera lisa y llanamente los preliminares de 17 de febrero. A esta declaracion añadió Mr. de Metternich una carta particular para Mr. de Caulaincourt, en que le suplicaba una vez mas que lo reflexionara bien todo antes de abandonar el lugar del congreso, porque en su sentir no era de despreciar la Francia de Luis XIV, aumentada con las conquistas de Luis XV, y bien merecia no ser por mas tiempo aventurada al peligrosísimo y muy incierto juego de las batallas. Por mas que el plenipotenciario frances propendiera á seguir tal consejo, no se atrevió á traspasar sus instrucciones hasta el punto que se necesitara para retener en Chatillon á los miembros del congreso. Asi el dia 19 se separaron los plenipotenciarios, y el 20 partieron de Chatillon todas las legaciones para tornar á los cuarteles generales de los ejércitos beligerantes.

Algun trabajo costó á Mr. de Caulaincourt ir donde se hallaba Napoleon, á quien halló en Saint-Dizier. La llegada de la legacion francesa produjo en el ejército una impresion penosa, pues desvanecia toda esperanza en las negociaciones, y no dejaba mas perspectiva que la de un desafio á muerte con la coaliccion europea. Ahora bien, si las jornadas de Montmirail, de Champaubert, de Montreau, habian levantado los corazones al nivel del de Napoleon, las de Craonne, de Laon, de Arcis-sur-Aube, los hicieron bajar de nuevo y rápidamente de tal altura; y la maniobra aventurada que se ejecutaba lejos de París al presente, y cuyo

mérito se hallaba al alcance de pocas personas, asombraba é inquietaba los espíritus ya muy quebrantados. La noble y severa figura de Mr. de Caulaincourt, mas triste aun que de costumbre, no era adecuada para desarrugar en el cuartel general los semblantes. Napoleon recibió amistosamente a su ministro, como hombre que no sentia enojo porque no estaba perturbado. No obstante, alguna impresion le hizo su regreso, aunque pasajera, y así es que la dominó de seguida. A la mesa estaba cenando con Berthier, cuando Mr. de Caulaincourt llegó á su presencia; y al punto Napoleon le habló de este modo.—Muy bien habeis hecho en venir, pues no os debo ocultar que, si hubierais admitido el ultimatum de los aliados, no aprobara vuestros proceder. Por vos y por mí vale mas haber evitado esa campanada. Esas gentes no obran de buena fé en el fondo. Si hubierais cedido, nos exigirian más luego. Por donde quiera divulgan que su mal querer es contra mí y no contra Francia. ¡Mentiras y nada mas que mentiras! Se estrellan conmigo, porque saben que soy el único que puede salvar á Francia (lo cual era verdad entonces, porque solo podia salvarla el que la habia perdido); pero sustancialmente miran mal á Francia y á su grandeza. Inglaterra codicia la Bélgica para la casa de Orange; Prusia codicia el Mosa para sí misma; Austria desearia quitarnos la Alsacia y la Lorena para traficar con Baviera y con los príncipes alemanes. Se nos quiere destruir y achicar hasta reducirnos á la nada. Pues bien, mi querido Caulaincourt, mas vale morir que ser achicados de esa manera. Veteranos somos de sobra para que nos intimide la muerte. No se dirá ahora que

peleo por mi ambicion, pues me seria fácil salvar mi trono; mas el trono á expensas de la humillacion de Francia, no lo quiero. ¡Ved cómo se levantan ya los paisanos y matan á los cosacos por todas partes! Nos dan el ejemplo, y nuestro deber es seguirlo. ¿Podriais figuraros que esos miserables del consejo de regencia querian aceptar el infame tratado que os fué propuesto? ¡Ah! les he dicho que se mantengan mudos y tranquilos. Estos infelices paisanos valen mas que esas gentes de Paris. Mi querido Caulaincourt, vais á presenciar cosas excelentes. Me propongo marchar sobre las plazas y reunir dentro de pocos dias de treinta á cuarenta mil hombres. El enemigo me sigue evidentemente. No se puede explicar de otro modo la masa de caballeria que nos rodea. Al príncipe de Schwarzenberg le ha atraído la súbita aparicion que he hecho á su espalda, y no osará aventurarse ya sobre Paris al saber que amenazo sus comunicaciones. Muy luego voy á tener cien mil hombres á la mano, entonces caeré sobre el que se halle mas cerca, Blucher ó Schwarzenberg, no importa cuál de ellos, le haré pedazos y le rematará el paisanage de la Borgoña. Tan cerca está la coalicion de su pérdida como yo de la mia, querido Caulaincourt, y si triunfo haremos añicos esos abominables tratados. Si me engañase, entonces moriremos, y no haremos sino lo que tantos de nuestros antiguos compañeros de armas hacen todos los dias; pero moriremos tras de dejar nuestro honor á salvo.—

Mr. de Caulaincourt, tan capaz como el primero de comprender este heroico lenguaje, recordaba hartas fallas cometidas, hartas repulsas inoportunas, sin que el honor entrara por nada, para no

mostrarse descontento y desaprobador frío. Bernier, ante quien se pronunciaban estas palabras, se hallaba consternado. Le sorprendía como á Napoleón aquel tropel de gente alrededor de las tropas, á semejanza suya dudaba que fuera un simple destacamento; pero á la par reflexionaba cómo podía ser que doscientos mil aliados, casi victoriosos, se resolvieran á desviarse de París, magnífica presa que tenían bajo la mano, por seguir á un puñado de hombres aventurados á su espalda. Dudaba, y en circunstancias tan graves la duda era una angustia dolorosa, por que, si no iba detrás del enemigo, se podía meter en París antes de mucho. Este sentimiento era general, y si todos se contentaban en su presencia, lo probaban con frases sin niestras, no viéndole delante. Lo que es Napoleón, sin excluir la duda, siempre repetía á Mr. de Caulaincourt:—Muy bien habeis hecho en venir, porque hubiera desaprobado vuestra conducta. A lo tiempo venis de presenciar cosas excelentes.—

Toda esta energía, admirable como don de Dios, pero lastimosa, cuando se piensa que, por malamente empleada, nos habia conducido al borde de un abismo, no se comunicaba á persona alguna, y todos esperaban de un momento á otro un horrible desenlace. ¡Ah, que el desenlace se aproximaba de veras, y la hora fatal habia sonado! Seguramente las combinaciones militares de Napoleón eran muy profundas; pero si su situacion militar se podia restablecer á fuerza de genio, para restablecer su situacion política no lo habia que hacer de ninguna manera. París aterrorizado, llenado de disgusto hácia un régimen glorioso, pero sangriento, ordenado, pero despótico, París al primer

contacto de un enemigo que se presentara como libertador, se le podia escapar á Napoleón de las manos, y ser teatro de una revolución! Y bastaba que los aliados sospecharan esta verdad, para que posponiendo las consideraciones de prudencia, pensarán en intentar sobre París, no una operación militar, sino una operación política, de cuyo modo los planes de Napoleón quedaban desbaratados, y al fin su trono, que durante un mes se habia restaurado dos ó tres veces con robusta mano, se debía venir al suelo. Ahora se va á ver cuán cerca estaban los aliados de adivinar esta verdad formidable, que constituía toda nuestra debilidad ante los invasores de nuestra patria.

El príncipe de Schwarzenberg no habia comprendido bien el movimiento del ejército francés sobre Arcis, y justo es declarar que no era fácil de comprender para quien no estuviere en el secreto. Su primera suposicion, y la mas natural sin duda, fué que Napoleón le iba á dar batalla, y decidióse á admitirla en Arcis-sur-Aube, como Blücher la habia aceptado en Craonne y en Laon. Previendo una sangrienta lucha de muchos días, muy lejos estaba de imaginar verse libre el 21 por la noche. Al notar el 22 que Napoleón se alejaba de aquel punto, trató de adivinar cuáles podían ser sus miras, cruzó el Aube en su seguimiento, y vino á tomar posicion entre Ramerupt y Dampierre, detrás de un caudaloso arroyo denominado el Pozo, con la izquierda en el Aube, el frente cubierto por el Pozo, y la derecha en dirección de Vitry. Allí esperaba los nuevos ataques de su contrario siempre temiendo alguna extraordinaria maniobra. Mas, según se ha visto, Napoleón no pensaba

en atacarle, y si prevenia una maniobra bien extraordinaria, al trasladarse del Aube al Marne en direccion de Metz. A otro dia, 23 de marzo, mientras Napoleon continuaba en Saint-Dizier, para que por el vado de Frignicourt tuvieran tiempo de incorporársele las fuerzas que formaban su cola, la caballeria ligera del príncipe de Schwarzenberg, al seguir á estos cuerpos la pista, descubrió la marcha del ejército francés, y reconoció claramente que se dirigia sobre Vitry. Ya la intencion de Napoleon no ofrecia duda, pues evidentemente queria maniobrar sobre las comunicaciones de los aliados. ¿Qué partido abrazar ante situacion tan nueva? ¿Convenia seguir á Napoleon hácia la Lorena, ó alargar la mano á Blucher, que no podia estar distante, y marchar en su compañía sobre París á la cabeza de doscientos mil hombres? Grave cuestion á todas luces, de las mas graves que los gefes de imperio ó los gefes de ejército hayan tenido que resolver nunca.

De obrar militarmente, en el sentido mas estricto de la palabra, no convenia entregar sus comunicaciones, al revés se requeria velar sobre ellas y con el mayor cuidado por habérselas con el enemigo mas formidable y de sin par audacia. Pues lo que las amenazaba al presente, forzoso era seguirle y seguirle en compañía de Blucher, y aniquilarle antes de ir á recojer á París el premio de la guerra. Sin duda habia algunas ventajas en marchar sobre París, y especialmente la de abreviar la lucha: con todo, si delante de esta capital se hallaba una resistencia, no solo militar, sino popular, que obligara á detenerse algunos dias bajo sus muros, muy bien podia ser que mientras se batie-

ra contra la barreada cabeza de los arrabales se hallara acometido á la cola por Napoleon de vuelta con un ejército de cien mil hombres, y hallarse asi en la situacion mas peligrosa.

Estas razones eran de sumo peso, y aun tomaran el carácter de decisivas en una situacion ordinaria, y en el caso de que se corriera el riesgo de encontrar delante de París la resistencia que debian hacer temer la importancia de esta ciudad, el patriotismo y la bizarría de su pueblo. Pero la situacion era tal, que nada habia mas dudoso que semejante resistencia. Aunque de lo interior no se habia recibido comunicacion alguna mas que la llevada por Mr. de Vitrolles, y aunque ningun indicio diera testimonio de ser expresion de la verdad hasta el presente, pues sucedia por lo contrario que el paisanaje empezaba á tomar las armas en las provincias invadidas, se pudo reconocer por mas de un sintoma que, si Mr. de Vitrolles exageraba las cosas, al pintar á Francia con ardientes deseos de la restauracion de los Borbones, con razon sustentaba que ya no queria guerra, ni conscripcion, ni prefectos imperiales, y que tan luego como se le diera ocasion de manifestar sus verdaderos sentimientos, se pronunciaría contra un gobierno, que, despues de llevar la guerra hasta Moscou, la traía ahora á las mismas puertas de París. Un personaje habia de quien se hacia mucho mas caso que de Mr. de Vitrolles, y era el conde Pozzo di Borgo, vuelto de Lóndres, y que, habiendo adquirido sobre los aliados un ascendiente proporcionado á su talento, no se cansaba de repetirles que habia que marchar sobre la capital de Francia. — En París, les decia, está el ob-

jeto de la guerra. Mientras penseis en dar batallas, os expondeis á ser batidos, porque siempre las dará Napoleón mejor que vosotros, y porque su ejército, descontento y todo, si bien sostenido por el sentimiento del honor, se hará matar á su lado hasta que no quede ni un hombre. Arruinado como está su poder militar, es grande, muy grande todavía, y con ayuda de su génio, mayor que el vuestro. Su poder político es el que se halla destruido. Ya han cambiado los tiempos. El despotismo militar acogido como un beneficio al día siguiente de la revolucion, y condenado posteriormente por los resultados, ya está perdido en los espíritus del todo. Si dais origen á una manifestación, será pronta, general, irresistible, y segregado Napoleón, los Borbones, olvidados por Francia, que no tiene confianza en sus luces, los Borbones serán de repente posibles, y de posibles se harán necesarios. Política y no militarmente hay que acabar la guerra; y así, tan luego como halléis un resquicio cualquiera entre los ejércitos beligerantes, por el cual podáis pasar, aprovechadlo sin perder instante; id á tocar á París con el dedo, no más que con el dedo, y vereis derribado el coloso. Así rompereis la espada que no le podeis arrancar de las manos.—Tal es la sustancia de los discursos que el conde Pozzo dirigia sin cesar al emperador Alejandro, y trabajaba sobre un alma fácil de persuadir á mayor abundamiento. Además del talento notabilísimo de Alejandro, para apoyarle tenia todas las pasiones de este príncipe el conde Pozzo. Vengarse, no del incendio de Moscou, en el cual no pensaba ya ahora, sino de las humillaciones á que Napoleón le habia some-

tido, entrar en París, en la capital de la civilización, destronar allí un déspota, alargar una mano generosa á los franceses, hacerse aplaudir, era el sueño que embriagaba su mente. De tal modo le dominaba este sueño que era capaz de una audacia, no propia de su corazón ni de su espíritu, á trueque de realizarlo.

Por lo demás, la opinión que profesaba el conde Pozzo di Borgo, poco á poco habia invadido todas las cabezas. Nacida primero entre los prusianos, en quienes la habia engendrado el odio, al fin acabó por penetrar entre los rusos y aun entre los austriacos. Muy bien se les alcanzaba á estos, que, herir políticamente á Napoleón, era el medio más seguro y pronto de destruirle. Tanto el emperador Francisco, como Mr. de Metternich, doliéndose de Napoleón, no como de un yerno, sino como de un gefe más capaz que otro alguno de dirigir á la Francia, despues de la ruptura del congreso de Chatillon, se convencieron de que al fin habia que abrazar un partido decisivo hasta contra su persona. Largo tiempo repugnaron llevar las cosas al último extremo; pero cruzado ya el Rhin, admitido ya el principio de los límites de 1790, lo cual dejaba vacantes los antiguos Países Bajos, que se les debian pagar con la Italia, conociendo harto bien á Napoleón para esperar que se sometiera nunca á tal reduccion de territorio, por codicia vinieron á parar á las mismas conclusiones que los prusianos por odio, y los rusos por vanidad. Así, ir á buscar á París la solución política, que implicara la solución militar al mismo tiempo, les parecia ya necesario. El príncipe de Schwarzenberg, espíritu tímido, si bien seguro,

vino á pensar en esto lo propio que Mr. de Metternich y el emperador Francisco, pues á la sazón el Austria presentaba el fenómeno singular de un emperador, de un primer ministro, y de un generalísimo de idénticos sentimientos, no formando mas que un solo hombre, ageno al amor como al odio, y guiado únicamente por cálculos profundos. En esta disposición, viendo el príncipe de Schwarzenberg el camino de París abierto, se inclinaba por primera vez á tomarlo, de modo que casi tenía unanimidad la solución de marchar sobre la capital de Francia, aunque muchos oficiales muy entendidos opusieran todavía á esta marcha temeraria la autoridad de las reglas, que enseñan á no abandonar el cuidado de las comunicaciones propias y á no errar el golpe á causa de la demasiada precipitación en darlo. Con todo, en el curso del día, sobrevino un suceso por extremo favorable á la opinión mas atrevida. La caballería de Wintzingerode, que formaba la vanguardia de Blucher, se encontró cerca del Marne con la del conde Pahlen, perteneciente al príncipe de Schwarzenberg. Se dieron el parabien y se alegraron de esta reunion, que á la verdad se debió operar antes, pues habiéndose dado la batalla de Laon el 9 y el 10 de marzo, no se podia menos de estrañar que Blucher no hubiera seguido á Napoleon ó á los mariscales encargados de reemplazarle junto al Aisne, y que el 23 aun anduviera fluctuando entre este rio y el Marne. Pero Blucher habia obrado como los generales que tienen mas resolución de carácter que talento. Primero trató de tomar á Reims, despues á Soissons, largo tiempo aguardó algunos miles de hombres del cuerpo de Bulow,

que se habian quedado á retaguardia, y al fin se decidió á empujar por delante á los mariscales Marmont y Mortier, llegando así al Marne por Châlons. Sea como quiera llegaba con cien mil hombres, y así eran doscientos mil los reunidos para marchar sobre París. Semejante fuerza daba al traste con muchas objeciones sacadas de las reglas de la guerra estrictamente entendidas.

En tal estado de cosas, hallándose el príncipe de Schwarzenberg en el castillo de Dampierre con el emperador Alejandro para pasar allí la noche, de repente se trajeron despachos cogidos á un correo de París, interceptado por la caballería lijera de los aliados. En el castillo de Dampierre estaban el príncipe Wolkonski, gefe de estado mayor de Alejandro, y el conde de Nesselrode, gefe de su cancillería. Llamado fué éste, que por haber residido en París largo tiempo, se hallaba mas en aptitud que otro alguno de penetrar el verdadero sentido de los despachos interceptados, y se le encargó que se enterara de ellos. Con efecto, eran de suma importancia, pues consistian en cartas escritas al emperador por la emperatriz y el duque de Rovigo. Unas y otras expresaban respecto del estado interior de París las mas vivas inquietudes. Impregnadas las de la emperatriz de cierta especie de terror no tenían grande significacion sin duda, puesto que podian muy bien no ser mas que la expresion de la debilidad de una muger. De muy otro valor eran las del duque de Rovigo, porque no se le podia tachar de timidez, como ministro de Policía y hombre de guerra, y acostumbradísimo á situaciones difíciles, y declaraba que París abrigaba en su seno cómplices del extranjero